

defensa, y padecian lo mismo : por cuanto los Partos se retiraban delante de ellos, tirando siempre ; lo que despues de los Escitas ejecutan con suma destreza. Y en esto obran con la mayor sabiduría, pues que con defender su vida huyendo, quitan á la fuga lo que tiene de vergonzosa.

Mientras esperaron que agotadas las saetas desistirian de aquel modo de pelear, ó vendrian á las manos, tuvieron constancia ; pero cuando supieron que habia infinidad de camellos cargados de ellas, á los que corrian los que estaban mas cerca, y las tomaban para repartir, entonces Craso, no viendo el término de aquel triste estado, llegó á acobardarse ; y enviando ayudantes á su hijo, le dió orden de que viera cómo precisar á los enemigos á entrar en combate antes de ser envuelto ; porque una de las partidas enemigas principalmente cargaba sobre este, y le andaba alrededor, como para ponerse á la espalda. Tomando pues aquel jóven mil y trescientos caballos, de los cuales los mil eran los de César, quinientos arqueros y ocho cohortes de infantería de las que tenia mas á la mano, acometió impetuosamente con estas fuerzas. Los Partos que mas se habian adelantado, ó porque los hubiesen alcanzado estas tropas como dicen algunos, ó porque quisiesen llevar con maña al jóven Craso lejos del padre, volvieron grupa, y dieron á huir. Entonces alzando aquel el grito exclamó : Los enemigos huyen, y aceleró el paso y con él Censorino y Megabaco (1), sobresaliente este en grandeza de ánimo y en fuerzas corporales, y adornado aquel con la dignidad senatoria y con el dote de la elocuencia, amigos ambos de Craso y de su misma edad. Como hubiesen pues movido en la forma dicha los de á caballo, resplandeció tambien en la infantería la decision y gozo de la esperanza ; porque creian haber vencido, y que iban en persecucion de los enemigos ; hasta que á pocos pasos salieron de su engaño, por haber dado la vuelta los que pareció antes que huian, y con ellos mucho mayor número que se les habia reunido. Entonces se pararon creyendo que los enemigos les acometerian, al ver que eran tan pocos ; pero estos lo que hicieron

(1) Aquí conocidamente hay yerro, porque este nombre no es romano ; pero se ignora cual fuese el de este jóven.

fue formar al frente de los Romanos á los coraceros ; y corriendo con la demas caballería alrededor de ellos moviendo grande alboroto, revolvieron los montones de arena, y levantaron una densa polvareda, de manera que los Romanos no podian verse ni articular palabra ; y encerrados en estrecho recinto, apiñados unos sobre otros, recibian crudas heridas y una muerte no suave y pronta, sino entre convulsiones y acerbos dolores, revolcándose con las saetas, y encrudeciendo las heridas, ó despedazándose y destruyéndose á sí mismos, si querian sacar las puntas con anzuelo, que habian dilacerado las venas y los nervios. Recibiendo muchos de esta manera la muerte, aun los que quedaban con vida estaban sin accion para nada : así es que animándolos Publio para que acometiesen á los coraceros, le mostraron las manos pegadas á los escudos y los pies clavados en tierra, en términos que estaban del todo imposibilitados, tanto para huir como para defenderse. Entonces dirigiéndose á los de caballería, acometió con vigor y trabó pelea con los enemigos ; mas esta era desigual en el herir y en el protegerse, hiriendo con azconas cortas y débiles en corazas de piel y de hierro ; y siendo heridos con lanzas robustas los cuerpos ligeros y desnudos de los Galos. Porque en estos confiaba principalmente, y con ellos obró maravillas ; pues agarraban con las manos los astiles de las lanzas y trabando de los ginetes, los arrojaban de los caballos, dejándolos, por lo pesado de la armadura, sin poder moverse. Muchos saltando de sus caballos se metian debajo de los caballos enemigos, y los atravesaban por los ijares : tiraban estos botes en fuerza del dolor, y pisoteando á un tiempo á los ginetes y á sus contrarios, unos y otros morian juntos cubiertos de tierra y de basura. Lo que principalmente quebrantó á los Galos fue el calor y la sed, á que no estaban acostumbrados ; y ademas habian perdido la mayor parte de los caballos, á causa de que ellos mismos se metian por las lanzas enemigas. Viéronse por tanto en la precision de haber de acogerse á la infantería, teniendo ya á Publio por sus muchas heridas en el mas deplorable estado ; y como advirtiesen cerca un alto monton de arena, corrieron á él, colocaron en medio los caballos, y cubrién-

dose con los escudos como en una trinchera, creyeron que podrian así defenderse mejor de los bárbaros; mas sucedióles lo contrario. Porque en el terreno llano, los primeros protegen á los que estan á la espalda; pero allí por la desigualdad del sitio los unos estaban mas altos que los otros, y quedando todos al descubierto, no podian evitar los tiros, sino que á todos se dirigian del mismo modo, lamentándose de una muerte sin gloria y sin desquite alguno. Hallábanse con Publio dos Griegos establecidos en aquel pais en la ciudad de Carras, llamados Geronico y Nicomaco: persuadianle que se retirara con ellos y huyera á Iena, ciudad que seguia el partido de los Romanos, y estaba de allí á corta distancia; mas respondiéndoles que ninguna muerte por mas cruel que fuese podria hacer que Publio abandonara á los que morian por él, les rogó que se salvaran, y alargándoles la diestra, los despidió. Entonces no pudiendo valerse de su propia mano, porque la tenia atravesada con una flecha, mandó á su escudero que lo pasara con la espada, presentándole el costado. Dícese que Censorino murió de la misma manera; pero Megabaco se dió á sí mismo la muerte, y otro tanto ejecutaron los mas principales y esforzados. A los demas que quedaron, subiendo los Partos al terreno, los pasaron en pelea con las lanzas: no habiendo tomado vivos, segun se dice, arriba de quinientos. Cortáronle á Publio la cabeza y marcharon al punto en busca de Craso.

El estado de este era el siguiente. Luego que dió al hijo la órden de acometer á los Partos, como alguno le anunciase que estos iban en derrota, y que se les perseguia con tison, y viese que los que contra sí tenia no obraban como antes, porque la mayor parte habia marchado con los que huyeron, se alentó algun tanto, y reuniendo sus tropas, las situó en puesto ventajosos, esperando allí que el hijo volviese de seguir el alcance. Publio luego que se vió en peligro envió quien avisase al padre; pero los primeros mensajeros perecieron. De los últimos algunos que con dificultad escaparon, le trajeron la nueva de que Publio era perdido si no se le daba pronto y grande socorro. Combatieron á un tiempo muchos afectos el corazon de Craso: así ya no obró en

él la razon, é impelido ora del miedo, ora del deseo del hijo para darle el socorro que pedia, se resolvió por fin á mover el ejército. En esto aparecieron los enemigos mucho mas terribles en su gritería y en sus cantos, aturdiendo otra vez con el ruido de sus tímpanos á los Romanos, que esperaron con esto el principio de otra batalla. Los que traian la cabeza de Publio clavada en la punta de una pica, acercándose mas que los otros, la mostraban preguntando con escarnio por sus padres y su linaje; pues no parecia posible que Craso, hombre el mas cobarde y el mas perverso, fuera padre de un jóven tan valiente y de tan acendrada virtud. Este espectáculo fue el que mas que cuantos males habian pasado quebrantó y desconcertó los ánimos de los Romanos, concibiendo todos, no ira y deseo de venganza, que era lo que el caso pedia, sino un indecible terror y espanto. Dícese que entonces Craso, en medio de tan vehemente dolor, se mostró muy superior á sí mismo: porque corriendo las filas habló de este modo á los soldados: « Este luto, ó Romanos, es privadamente mio; pero la eminente fortuna y gloria de Roma intacta é ilesa permanece en vosotros, á quienes veo salvos. Si alguna compasion teneis de mí por la pérdida de mi virtuoso hijo, manifestadla en vuestro enojo contra los enemigos. Arrebatadles de las manos ese gozo, vengaos de su crueldad. No os abata lo sucedido: porque no puede ser que dejen de tener que sufrir y padecer los que acometen grandes empresas. Ni Luculo derrotó sin sangre á Tigranes, ni Escipion á Antioco. Nuestros antepasados perdieron en Sicilia mil naves, y en la Italia muchos Emperadores y pretores; pero no impidieron las derrotas de estos, que al cabo triunfasen de los vencedores: pues que la brillante prosperidad de Roma no ha llegado á tanta altura por su buena suerte, sino por la constancia y virtud de los que no rehusaron los peligros. »

Este fue el lenguaje que les tuvo Craso, y de este modo procuró alentarlos; pero vió que pocos le escuchaban con buen semblante; y habiéndoles mandado dar el grito de guerra, se desengañó aun mas acerca de su abatimiento: porque aquel fue débil, apocado y desigual; cuando el de

los bárbaros fue claro y esforzado. Venidos á la contienda, la caballería de estos, haciendo un movimiento oblicuo, comenzó á lanzar saetas; y los coraceros, usando de las lanzas, redujeron á los Romanos á un recinto estrecho, á excepcion de aquellos que por huir de la muerte que los tiros causaban, prefirieron arrojar se desesperadamente sobre estos, haciendo á la verdad poco daño; pero encontrando una muerte pronta por medio de heridas grandes y profundas, dadas por hombres que con el empuje de sus robustos astiles, pasaban con el hierro á los que se les ponian delante, y aun muchas veces atravesaban á dos de un golpe. Peleando de esta manera sobrevino la noche, y se retiraron, diciendo que de gracia concedian á Craso una noche para llorar á su hijo; á no que lo pensara mejor, y por sí mismo se fuera á presentar á Arsaces, en lugar de ser llevado. Pusieron allí cerca su campo, alentados de grandes esperanzas; pero para los Romanos la noche fue terrible, no haciendo cuenta de dar sepultura á los muertos, ni de prestar auxilios á los heridos y moribundos; sino que cada uno se lamentaba por sí mismo, teniéndose por perdidos, bien esperaran allí el dia, ó bien se lanzaran por la noche en aquel vasto desierto. Eranles gran motivo de irresolucion los heridos; pues si determinaban llevarlos, serian un estorbo para la prontitud de la marcha, y si los dejaban, con sus gritos darian indicio de la partida; y aunque conoçian que Craso era la causa de todo, sin embargo deseaban verle y oír su voz. Mas él se habia retirado solo, y yacia en las tinieblas, cubierta la cabeza con su ropa: ejemplo para los mas de las mudanzas de fortuna; pero para los hombres prudentes de temeridad y de ambicion, por las que no estaba contento con no ser el primero y el mayor entre tantos millones de hombres, sino que le parecia que todo le faltaba, porque tenia el último lugar respecto de dos solos. Entonces el legado Octavio y Casio trataron de consolarle y darle aliento; pero cuando vieron que del todo estaba desanimado, reunieron á los tribunos y centuriones, y habiendo convenido en que no debian quedar allí, movieron el ejército sin toque de trompetas, y con mucho silencio al principio; pero cuando los imposibilitados

de seguir percibieron que se les abandonaba, fue terrible el desórden y la confusion que entre sollozos y lamentos se apoderó del campo. Despues cuando ya estaban en marcha les sobrevino nueva turbacion y terror, creyendo que se acercaban los enemigos: muchas veces retrocedian; otras muchas tomaban el órden de formacion; y de los heridos que los seguian, ya poniendo en los bagajes á unos y ya bajando á otros, fue larga la detencion que tuvieron, á excepcion de trescientos de caballería mandados por Gnacio, que arribaron á Carras como á la media noche. Habló este á los centinelas en lengua romana; y como le hubiesen entendido, les encargó dijieran á su comandante Coponio que Craso habia tenido una grande batalla con los Partos; y sin decir mas, ni descubrir quién era, se apresuró á llegar al puente, y salvó aquella tropa; mas fue muy vituperado por haber abandonado á su general. Con todo aprovechó á Craso aquella ligera expresion suya referida á Coponio; porque conjeturando este que lo breve y cortado del anuncio no era de quien traia buenas nuevas, mandó inmediatamente á los soldados tomar las armas; y luego que se informó de que Craso estaba en camino, salió á recibirle, y acompañó á su ejército hasta la ciudad.

Los Partos, aunque por la noche sintieron su partida, no los persiguieron; pero á la mañana, pasando al campamento, acabaron con los que en él habian quedado, que no bajarían de cuatro mil; y á muchos que se habian perdido por aquellas llanuras, les dieron alcance partidas de caballería. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo habia separado del cuerpo del ejército, y que habian errado el camino, las sorprendieron en un collado; y sin embargo de que se defendieron con valor, no pudieron evitar el ser pasadas á cuchillo, á excepcion solamente de veinte hombres: pues maravillados de que estos con sus espadas trataran de abrirse camino entre ellos, se abstuvieron de herirlos, y les permitieron que sin ofensa se retiraran á Carras. Diósele á Surena un aviso falso, diciéndosele que Craso habia huido con los principales, y que la muchedumbre que se habia refugiado á Carras, era una mezcla de hombres de quienes no

se debía hacer ninguna cuenta. Creyó pues haber perdido el blanco principal de su victoria; mas dudoso todavía, y deseando informarse de lo cierto para sitiarse á Craso si allí estaba, ó perseguirle en otro caso sin detenerse con los de Carras, envió á esta ciudad uno de los que estaban con él que sabia ambos idiomas, dándole órden de que en lengua romana llamara al mismo Craso ó á Casio, manifestando que Surena venia á tratar con ellos. Díjolo este como se le habia mandado, y luego que se dió parte á Craso, aceptó la convocacion. Al cabo de poco vinieron asimismo de parte de los bárbaros unos Arabes, que conocian de vista á Craso y á Casio, por haber estado con ellos en el campamento antes de la batalla; y estos viendo á Casio sobre la muralla, le dijeron que Surena estaba dispuesto á tratar de paz, y les concedia ir salvos, con tal que admitieran la amistad del Rey y abandonaran la Mesopotamia; porque consideraba que esto era lo que á unos y á otros convenia mas que llegar á los últimos extremos. Admitiendo la proposicion Casio, y diciéndoles que deseaba se determinara el lugar y tiempo en que Craso y Surena tendrían su entrevista, prometieron que así lo harían, y marcharon.

Contento Surena con tenerlos sujetos á un sitio, al dia siguiente condujo allá sus tropas, las que desmandándose en injurias contra los Romanos, llegaron á proponerles que si querían alcanzar capitulacion, les habian de entregar atados á Craso y á Casio. Indignáronse de verse así engañados, y diciendo á Craso que era necesario dar de mano á las vanas y largas esperanzas de los Armenios, se decidieron por la fuga. Era muy importante que ninguno de los carreños lo supiese antes de tiempo; pero justamente lo supo Andromaco, hombre entre todos el mas infiel y desleal, á quien Craso confió este secreto, valiéndose de él para que los guiase. Así nada ignoraron los Partos, porque Andromaco se lo refirió todo punto por punto. Mas como sus costumbres patrias se opusiesen á que pelearan de noche, ni esto ademas les fuese fácil, habiendo de partir Craso de noche, para que aquellos no se atrasaran mucho en su persecucion, discurrió Andromaco la traza de tomar ahora un camino y luego otro, has-

ta que por último los condujo á un terreno pantanoso y cortado con frecuentes acequias, que hacian la marcha penosa y tarda para los que aun se dejaban guiar de él: pues hubo algunos que conociendo que Andromaco no podia hacerles dar aquellos rodeos y vueltas con buen fin, no quisieron seguirle; sino que Casio se volvió otra vez á Carras, y diciéndole sus guias, que eran unos Arabes, ser conveniente esperar á que la luna pasara del escorpion: Pues yo, les respondió, mas temo al sagitario; y se encaminó á la Siria con unos quinientos caballos. Otros, que tambien tuvieron fieles conductores, arribaron á las montañas llamadas Sinacas, y se pusieron en seguridad antes del dia. Eran estos cerca de cinco mil, y estaba al frente de ellos Octavio, varon de singular probidad. A Craso le cogió el dia engañado todavía de Andromaco y detenido entre acequias y pantanos. Tenia consigo cuatro cohortes de legionarios, muy pocos caballos y cinco lictores; con los cuales salió al fin con mil trabajos al buen camino cuando ya tenia encima á los enemigos. Faltábanle solo doce estadios para unirse con las tropas de Octavio; pero tuvo que refugiarse á otro montecillo no tan inaccesible á la caballería ni tan seguro, aunque enlazado con las mismas montañas Sinacas, de las que solo le dividia una serie de collados, que desde la llanura se extendian hasta aquellas: así las tropas de Octavio podian muy bien observar el peligro en que se hallaba. Octavio fue el primero que bajó con unos pocos á darle auxilio: despues partieron los demas avergonzados de su detencion; y cargando á los enemigos, los rechazaron del montecillo. Cogieron luego en medio á Craso, y protegiéndole con sus escudos, dijeron con firmeza y resolucion que no tendrían los Partos saeta ninguna que penetrase hasta su Emperador, sin que primero murieran todos peleando por defenderle.

Viendo pues Surena que los Partos se batian ya con menos ardor, y que si venia la noche y los Romanos se metian mas en los montes, le seria imposible darles alcance, armó á Craso otro engaño. Dejó ir libres á algunos cautivos, ante quienes hizo de intento que unos bárbaros se dijeran á otros en el campamento que el Rey no queria que la guerra con los

Romanos fuese perpetua; y daría pruebas de estar pronto á restablecer la amistad con el obsequio de tratar humanamente á Craso. Abstuvieron por tanto los Partos de combatir, y marchando sosegadamente Surena hácia el collado con los principales de su ejército, quitó la cuerda al arco y alargó la diestra, llamando á Craso á conferenciar con él, y diciendo en alta voz que el Rey había hecho muestra muy contra su voluntad de su valor y su poder; pero que deseando manifestarles tambien su dulzura y benevolencia, les dejaria ir libres y salvos por medio de un tratado. Al decir esto Surena, los demas le escucharon muy placenteros, y se mostraban sumamente contentos; pero Craso, que no había habido nada en que no hubiese sido engañado, y que extrañaba mucho tan repentina mudanza, no se prestó á esta invitacion, sino que se paró á reflexionar. Mas como los soldados empezasen á gritar y á decirle que fuese, y despues pasasen á insultarle y echarle en cara que á ellos los ponía á pelear con unos hombres con quienes ni aun desarmados queria tener una conferencia, tentó primero el medio del ruego, diciéndoles que aguantaran lo que restaba del dia, y por la noche podrian libremente marchar por aquellas montañas y aquellas asperezas, mostrándoles el camino, y exhortándolos á que no perdieran la esperanza de una salud que tenían tan cerca; pero viendo que todavía se le oponian, y que blandiendo las armas le amenazaban, por miedo hubo de partir sin decir mas que estas palabras: « Vosotros Octavio, Petronio y todos los caudillos romanos que estais presentes, sois testigos de la necesidad de esta partida, y sabeis por qué cosas tan violentas y afrentosas se me hace pasar; mas con todo, si llegais á salvaros, decid ante todos los hombres que Craso pereció engañado de los enemigos, no entregado á la muerte por sus ciudadanos. »

No pudo contenerse Octavio, sino que bajó del collado con Craso; quien despidió á los lictores que tambien le seguian. De los bárbaros los primeros que salieron á recibirle fueron dos Griegos mestizos, que le hicieron acatamiento apeándose de los caballos; y saludándole en lengua griega, le propusieron que enviara personas que vieran como Surena y los que

traía consigo venian sin armas de ninguna especie; mas Craso les respondió que si tuviera en algo la vida, no habria venido á ponerse en sus manos. Con todo envió á dos hermanos llamados Roscios á informarse de cuántos eran los que venian, y con qué objeto. Surena al punto les echó mano y los detuvo, siguiendo á caballo con los principales de los suyos; y ¿Cómo es esto, gritó, un Emperador de los Romanos viene á pie y nosotros montados? mandando que sin dilacion le trajesen un caballo. Contestándole Craso que ni uno ni otro faltaban, concurriendo cada uno segun la costumbre de su patria, dijo entonces Surena que ya estaba hecho el tratado y la paz entre el Rey Hirodes y los Romanos; pero que habian de escribirse las condiciones, llegando para ello hasta el río: Porque vosotros los Romanos, dijo, no soleis acordaros de los convenios; y le alargó la mano. Mandó entonces Craso que le trajeran un caballo; á lo que repuso: No es menester, porque el Rey te da este; y al mismo tiempo le presentaron un caballo con jaez de oro, en el que cogiéndole en volandas, le pusieron los palafreneros, y empezaron á dar latigazos al caballo para hacerle marchar precipitadamente. Octavio fue el primero que asió del freno, y despues de él Petronio, uno de los tribunos, cercándole en seguida los demas y procurando todos contener el caballo, y retirar á los que por uno y otro lado querian á fuerza llevarse á Craso. Suscitándose con esto confusion y alboroto, vino al fin á los golpes, y desenvainando Octavio su espada, atravesó á uno de aquellos palafreneros; haciendo otro tanto con Octavio uno de ellos que se hallaba á su espalda. Petronio no se encontró con armas; y habiendo recibido un golpe que no pasó de la coraza, saltó ileso del caballo. A Craso le quitó la vida un Parto llamado Pomaxitres; aunque algunos dicen haber sido otro el que le mató, y que este fue el que despues de caido le cortó la cabeza y la mano derecha; cosas que pueden muy bien conjeturarse, pero no saberse de cierto, porque de los que se hallaron presentes y pelearon en defensa de Craso, los unos murieron allí, y los otros á toda priesa se retiraron al collado. Pasaron allá los Partos, y diciendo que Craso ya había sufrido su castigo; pero respecto

de los demas manifestaba Surena que podian bajar con seguridad : unos bajaron efectivamente y se entregaron; y otros se dispersaron por la noche; de los cuales fueron muy pocos los que se salvaron, y á los restantes salieron á cazarlos los Arabes, y alcanzándolos, les dieron muerte. De todas aquellas tropas veinte mil hombres se dice que murieron, y que diez mil fueron tomados cautivos.

Surena envió al Rey Hirodes, que se hallaba en la Armenia, la cabeza y la mano de Craso; y haciendo correr en Seleucia la voz por medio de mensajeros de que conducia vivo á Craso, dispuso una pompa ridícula, á la que dió el nombre de triunfo. Porque al mas parecido á Craso de los cautivos, que era Gayo Paciano, le hizo vestir como aquellos bárbaros, y habiendo ensayado el que respondiese cuando le llamaran Craso ó Emperador; de este modo le llevaban á caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendian ceñidores, y entre las hachas se veian cabezas de Romanos recién cortadas. Seguian despues rameras Seleucienses entonando canciones insultantes y ridiculas contra la cobardía y afeminacion de Craso, y de este espectáculo gozaron todos. Mas reuniendo el Senado de los Seleucienses, les presentó los libros obscenos de Aristides llamados Milesiacos; y esto ya no fue inventado, porque se encontraron realmente en el equipaje de Roscio, y dieron ocasion á Surena para motejar é infamar á los Romanos de que ni en la guerra podian estar sin entretenerse con tales objetos y tal leyenda. Mas el concepto que los Seleucienses formaron fue que Esopo habia sido un sabio: viendo que Surena presentaba por delante el cabo de alforja en que se contenian las disoluciones Milesiacas, cuando en pos de sí traia una Sibaris Partica en tanto número de concubinas como las que conducia en sus carros; siendo su ejército al parecer como las víboras y las escitalas, porque las partes anteriores y que primero aparecian eran feroces y terribles, estando cercadas de lanzas, de arcos y de caballos; y luego la cola remataba en rameras, en crotalos, en cantos y en nocturnas disoluciones con infames mujercillas. No merecia ciertamente disculpa Roscio; pero no estaba bien á los Partos

vituperar en los Romanos la pasion por los libros Milesiacos, cuando muchos de los Arsacidas que reinaban sobre ellos, habian sido descendientes de rameras de la Jonia y de Mileto.

Entre tanto que esto pasaba, Hirodes habia ya hecho la paz con el Rey de Armenia Artabaces, y habia convenido en tomar la hermana de este para mujer de su hijo Pacoro. Con este motivo eran frecuentes los recíprocos banquetes y festines de uno á otro, y se entretenian con las representaciones teatrales de la Grecia; porque Hirodes no ignoraba ni la lengua ni las letras griegas: y Artabaces componia tragedias, y habia escrito oraciones é historias, de las cuales algunas todavía se conservan. Cuando la cabeza de Craso fue conducida á las puertas del palacio, no se habian levantado las mesas, y un representante de tragedias, llamado Jason, natural de Traillis, estaba cantando el pasaje de Agave de la tragedia de Eurípides *las Bacantes*. En medio de los aplausos que se le daban, se presentó Silaces ante el Rey, y adorándole, arrojó en medio la cabeza de Craso. Grande fue con esto la algazara de los Partos, su alegría y su júbilo; y habiendo hecho los sirvientes tomar asiento á Silaces de orden del Rey, Jason dió las ropas y ornato de Penteo á uno de los del coro, y tomando él la cabeza de Craso en la mano, se puso á hacer el bacante, y recitó con entusiasmo y con canto aquellos versos:

Del monte á nuestro techo
Esta dichosa caza
Traemos ahora mismo
De flecha traspasada.

Esto fue de diversion para todos; pero cantándose en seguida los otros versos alternados con el coro:

¿Quién le tiró primero?
Mio, mio es el premio:

entonces levantándose Pomaxitres, que tambien asistia á la cena, echó mano á la cabeza, diciendo que aquello mas le tocaba á él que al actor; lo que cayó muy en gracia al Rey; y habiéndole remunerado segun la costumbre patria,

dió á Jason un talento. Este término se dice haber tenido la expedicion de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surena experimentaron al fin castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perjurio : porque á Surena de allí á poco le quitó la vida Hirodes envidioso de su gloria ; y á este despues de haber perdido á Pacoro, muerto en una batalla en que fue vencido de los Romanos, en ocasion de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesia, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dió acónito ; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquel el camino mas corto, y entrando en su cuarto, le ahogó.

COMPARACION DE NICIAS Y CRASO.

Viniendo á la comparacion, la riqueza de Nicias puesta en paralelo con la de Craso tiene una adquisicion y un origen menos culpable : pues aunque nadie tenga por irreprehensible la que procede del beneficio de las minas, que en gran parte se hace por medio de hombres criminales ó de bárbaros, de los cuales algunos estan allí aprisionados, y otros fallecen en aquellos lugares perniciosos é insalubres : con todo es mas tolerable que la que se granjeó con las confiscaciones de Sila, y con los destrozos del fuego : porque de estos dos medios se valió Craso, como pudiera haberse valido de cultivar el campo ó de ejercer el cambio. Por decontado de los graves cargos que á este se hacian, aunque él los negaba, de que por dinero defendia causas en el Senado, de que era injusto con los aliados, de que adulaba á mujercillas, y finalmente de que era encubridor de gente mala, ninguno ni aun con falsedad se hizo jamas á Nicias. Burlábanse sí de él, porque malgastaba su dinero, dándolo por miedo á los calumniadores ; pero en esto hacia una cosa que quizá no habria estado bien á Pericles y á Aristides ; pero que en él era

necesaria, por no tener carácter para sostenerse con firmeza ; sobre lo que posteriormente habló á las claras al pueblo Licurgo el orador en causa que se le hizo sobre haber ganado con dinero á uno de los calumniadores : pues se refiere haber usado de estas palabras : « Me alegro de que habiendo tenido por tanto tiempo parte en vuestro gobierno, se me acuse de haber dado, y no de que he recibido. » En sus gastos fue mas ceñido Nicias, empleando su caudal en ofrendas, en dar espectáculos y en instruir coros ; cuando todo lo que Nicias tuvo fue muy pequeña parte de lo que impidió Craso en dar un banquete á tantos millares de hombres, y en abastecerlos despues ; mas esto no debe parecer extraño, cuando nadie ignora que el vicio es una anomalía y desarreglo en las costumbres : y así se ve que los que allegan por malos medios, suelen despues invertirlo en buenos usos ; y por lo que hace á la riqueza de ambos baste lo dicho.

En cuanto á gobierno nada se advirtió en Nicias que no fuese sencillo, nada injusto, nada violento ó arrebatado, sino que mas bien fue engañado por Alcibiades ; y con el pueblo se condujo siempre con el mayor miramiento ; cuando á Craso en sus continuos tránsitos del odio al amor se le acusa de falta de lealtad y hombría de bien ; no negando él mismo que por la fuerza se abrió el camino al consulado, asalariando hombres que se atrevieran á poner las manos en Caton y en Domicio. En la distribucion de las provincias fueron heridos muchos de la plebe, y muertos cuatro ; y él mismo, lo que se nos olvidó advertir en el discurso de la vida, expelió de la plaza bañado en sangre al senador Lucio Anilio, que se le opuso, dándole una puñada en el rostro. Mas así como en esta parte es Craso motejado de ser violento y tiránico, en igual grado es digna en Nicias de reprension su irresolucion y atamamiento en el gobierno, y su condescendencia con los malos. Y Craso fue de grande y elevado ánimo, no á fe en contraposicion con los Cleones ó los Hipérbolos, no á femia, sino con la gran nombradía de César y con los triunfos de Pompeyo ; no cediendo sin embargo, sino compitiendo con uno y otro en poder, y aun excediendo á Pompeyo en la dignidad de la magistratura censoria : porque en las gran-